



*Historia de la lectura en el mundo occidental.* Bajo la dirección de Guglielmo Cavallo y Roger Chartier España, Taurus, 1998, 585 p.

**Reseña elaborada por:  
ELSA RAMÍREZ LEYVA**

**L**a lectura es un tema tan complejo y vigente que por más trabajos que se publiquen sobre ella difícilmente se agotará. Por el contrario, en la medida en que se despejan preguntas, surgen nuevas interrogantes basadas en los diferentes enfoques que la estudian. Pero además la lectura forma parte del ciclo de la comunicación registrada, y este ciclo está en permanente transformación.

A la nutrida lista de textos públicos nunca suficientes sobre la lectura, se suma el libro dirigido por Guglielmo Cavallo y Roger Chartier. La obra reúne a destacados especialistas que abordan los diferentes momentos de la lectura desde su surgimiento hasta nuestros días centrándose en dos ideas fundamentales que constituyen el eje conductor de todo el texto: una sostiene que la lectura no se encuentra determinada por el texto, sino que existen una serie de mediaciones externas que le asignan sentido; a la vez el lector hace una interpretación y usos propios de ese sentido; la otra idea afirma que el texto cobra sentido cuando para el lector tiene un significado. Partiendo de estos dos planteamientos los autores de los 13 capítulos que integran la obra reconstruyen las relaciones que se han establecido a largo de la historia entre el “mundo de los libros y el mundo de los lectores”. Así, se abordan los estilos literarios; los diferentes medios y formatos en los que se plasman los textos y sus cambios; y el surgimiento de públicos lectores y las transformaciones que éstos han tenido. Se analizan, pues, las prácticas y tradiciones que han existido en torno a la lectura.

La variedad de aspectos que ofrece esta obra representa apenas un bosquejo de la historia de la lectura, pues tratado con más profundidad cada capítulo produciría un abultado volumen. A lo largo de esta historia se observan los ciclos que pasan de la lectura intensiva, dada la limitación en el número de textos que circulan, a la lectura extensiva debida a la variedad de temas y géneros literarios, y se examinan también los públicos lectores que van de los cultos a los analfabetos, grupo este último que se apropia de los textos a través de una voz que oraliza lo escrito. La lectura se transforma en una práctica que se hace sin pronunciar las palabras en voz alta, y pasa del uso

erudito al de prestigio y luego al de entretenimiento. Así, cada época hace prevalecer unos usos sobre otros debido a una serie de hechos que marcan una era y establecen códigos, competencias e intereses que comparten las comunidades y que las distinguen a unas de las otras. A lo largo de la obra encontramos dos grandes temas: las formas en que se materializan los textos y las prácticas lectoras, y a partir de esto se identifican los procesos de institucionalización que han desarrollado las sociedades occidentales bien sea para el control o para la socialización de las prácticas lectoras.

La gran, comprensible, ausencia, es el surgimiento del texto digital y sus efectos en la producción editorial y en las prácticas lectoras, lo que podríamos considerar en el momento actual como una nueva revolución en el mundo del libro.

La obra de Cavallo y Chartier nos inicia en la Grecia de aproximadamente el siglo V a. de C., en el momento en que la escritura se ha asimilado como una tecnología capaz de fijar y conservar los contenidos de la memoria humana, hasta entonces sometidos al dominio de las formas orales. En esa época de la lectura, que denomina como arcaica, el autor analiza los diferentes verbos que expresaban las distintas maneras en que se pensaba el acto de la lectura. No hay que olvidar que se trataba de una actividad nueva que empezaba a manifestarse en producción de textos pero que, sin embargo, era significativa en la medida en que se oralizaba, pues los textos eran utilizados para leer en voz alta y para hacer representaciones teatrales. No obstante, existen testimonios de que ya algunos practicaban la lectura en silencio. Así los verbos que se empleaban tenían que ver con las diferentes concepciones que se hacían de la lectura.

El siguiente estadio de la lectura se ubica en Roma un poco antes de los inicios de la era cristiana. Los rollos griegos que llegaron como botines de guerra pronto pasaron a formar parte de las bibliotecas romanas y se difundieron mediante copias entre los eruditos interesados en formar sus propias colecciones. Y también la lectura se empezó a difundir entre públicos cada vez menos doctos mediante textos cuyo contenido era lo suficientemente sencillo y abordaba temas diversos destinados al esparcimiento. Es así como aparece la lectura por placer, y se descubre también que mediante ella se obtiene prestigio. En torno a la actividad lectora se conforman diferentes públicos lectores que se estratifican según sus intereses, opciones, niveles culturales y género, ya que se integra desde entonces el sector femenino. Empieza luego a desarrollarse para esos diferentes públicos una gama amplia de ofertas de lectura: poesía, épica, relatos de intriga y amor, tratados de culinaria, de belleza, de deportes, de juegos, obras eróticas, horóscopos. Y también aparece la literatura subversiva.

Las prácticas lectoras en silencio y voz alta estaban ya ampliamente difundidas cuando aparece el codex en el año uno de nuestra era, invención romana que pronto invade a toda Europa y se convierte en una autoridad, en buena parte porque el cristianismo adopta ese formato para la divulgación de esa nueva fe. El codex determi-

nó nuevas formas de organizar los textos y de realizar la lectura en segmentos más breves; se lee más concentradamente, más lentamente, es una lectura de interpretación y meditación. La limitación de textos religiosos intensifica su relectura y la lectura de placer se hace extensiva ante la variedad de libros que aparecen en los primeros años de nuestra Era.

La Edad Media no nos es presentada aquí como una era de obscuridad sino como un periodo de intensa actividad en el que se dieron avances importantes en el desarrollo del libro, y las prácticas y usos de la lectura. Hacia el siglo VII el libro ha afirmado su autoridad a través de los textos sagrados, que se han convertido en el alimento de las comunidades religiosas; ahora el texto ya no sólo preserva el conocimiento, sino que sirve para extraer de él lo más posible mediante las relecturas. La práctica lectora se concentró en espacios cerrados eclesiásticos y monásticos donde se practicaba la lectura en voz baja o recitada, recintos donde se realizaba también la copia de textos, actividad que se convirtió en un arte que embellecía las páginas y cuidaba y adornaba la caligrafía. Estas obras o bien enriquecían sus propias bibliotecas o bien respondían al encargo de algún noble o rico interesado. Con el surgimiento de las universidades en el siglo XIII la lectura también se convirtió en una actividad escolar, al grado que el verbo *legere* se utilizaba para nombrar a la enseñanza y el acto de leer, y la pedagogía medieval se basaba en la lectura de textos, que explicaba y glosaba el profesor para asegurar interpretaciones correctas que se anotaban en los márgenes de las páginas para que su relectura ayudará al estudiante. También se modificaron las formas textuales y adquirieron estructura y puntuaciones que hicieron más fluida la lectura y en consecuencia el estudio. Por otra parte, la creciente demanda de libros transformó las formas de su producción, y de los monasterios salieron para los talleres de los copistas, quienes además de atender las demandas académicas tuvieron que satisfacer a los lectores cortesanos, que buscaban las pocas lecturas de entretenimiento que en ese entonces se producían.

La necesidad creciente de textos para el estudio propició que las bibliotecas empezaran a ofrecer servicios de préstamo con una oferta muy limitada. Todo ello generó y popularizó las compilaciones de resúmenes. La lectura de estos libros se generalizó entre los estudiantes porque resolvía la falta de libros y ahorra la lectura de los textos completos. Esta práctica se difundió también entre los profesores porque facilitaba sus clases, y les permitía tener un control estricto de lo que leían sus alumnos. El uso de los resúmenes substituyó la lectura de textos completos a tal grado que deterioró la calidad de la enseñanza, principalmente cuando ingresaron a las universidades estudiantes de clases sociales menos cultas y por tanto con más dificultades para leer y escribir, quienes recurrían a las compilaciones de resúmenes; el exceso en su uso empobreció la enseñanza. La lectura por gusto se transformó en utilitaria y se la usó

únicamente para obtener un conocimiento básico. Pero hacia el siglo XIV el Humanismo toma auge y con él la lectura de los clásicos griegos y latinos, con lo cual se rescata la lectura por placer. Pero además este Renacimiento democratiza la educación y los textos en lenguas vulgares y la mayor producción de libros, al incrementarse los talleres de copistas, popularizan la lectura; sin embargo tal producción no fue suficiente al multiplicarse y diversificarse los públicos lectores.

Hacia el siglo XV circunstancias de carácter religioso y social dan lugar a dos grupos de lectores que por distintas razones congregan a su comunidad en torno al libro y a la lectura con la intención de lograr cohesión, unión y preservación: los lectores hebreos y las sociedades en donde se arraigó la Reforma luterana. De estos lectores surge una censura que llega a la aplicación de penas incluso de muerte y a la destrucción de obras tan significativas para ellos como el *Talmud* o las Biblias protestantes. Sus templos se convierten en espacios de lectura y lugares donde se reúnen las obras para la conservación y divulgación de sus preceptos religiosos; en el caso de los hebreos más allá de su religión, se trataba de preservar su propia esencia, su identidad, las cuales se encontraban en sus libros, ubicados en las sinagogas, que hacían las funciones de “biblioteca pública”, señala el autor. A pesar del alto índice de alfabetización de los hebreos, la lectura comunitaria era muy practicada entre ellos desde el siglo XIX.

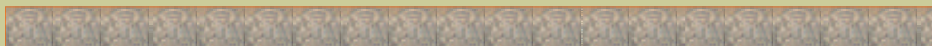
A finales de la época medieval surge una nueva producción mecanizada del libro. El invento de Gutenberg, señala el autor de este capítulo (a diferencia de otros autores como Elizabeth Einsenstein o el propio McLuhan), no puede considerarse como una revolución para las prácticas de lectura, dado que las características del texto y los diferentes formatos de libros manuscritos se conservaron hasta casi el siglo XVIII; en cambio la novela, el periódico y las revistas sí representan, dice, una revolución para la lectura. Sin embargo hacia mediados del siglo XVI el libro impreso reinaba en la cultura europea, mientras que el libro manuscrito quedaba más identificado con la época medieval. La variedad de textos determina el tipo de lectura predominante en el periodo humanista en dos sentidos: por placer y por erudición. A ello contribuyen de manera importante los impresores o empresarios del libro, quienes aplican la economía editorial a los formatos y géneros literarios, y cuya influencia en las modas literarias fue determinante para la conformación de grupos de lectores identificados por sus gustos bibliográficos. A su vez, la clientela empezó a ejercer influencia en ese mercado, como en el caso de los lectores de la novela de caballería, con la cual surge la lectura denominada popular que compite con los libros de devoción y eruditos. Poco a poco la lectura se transforma en una actividad social al empezar a circular ejemplares del mismo texto entre muchos lectores, lo que permite que las obras formen parte de los temas para la tertulia o la reunión.

Una más de las revoluciones que se producen en la lectura, la ubica el autor de este capítulo hacia finales del siglo XVIII. Se dice que la caída del denominado Antiguo Régimen fue provocada por los lectores. Durante este periodo se dio lo que el autor denomina “manía lectora” que llegó a convertirse en una “epidemia”. La lectura extensiva y laica multiplicó y diversificó cualitativa y cuantitativamente a los públicos lectores. Para la burguesía la lectura significó la fuerza emancipadora. Para el público popular, la lectura utilitaria significó el ascenso por medio de la adquisición de cultura. El sector femenino se incorpora a los públicos lectores que generan una exitosa industria editorial con la novela sentimental y temas considerados de interés femenino. Con la aparición de la novela, las revistas y el periódico, además de los libros eruditos y los textos para la enseñanza, la lectura se convirtió en un mercado muy rentable. Se identifican entonces tres tipos de públicos lectores: eruditos, cultos e incultos. Para todos ellos se confeccionan productos de lectura. En este contexto aparece la figura del autor libre y se profesionaliza la actividad del autor a través de la industria editorial.

Al siglo XIX le corresponde el surgimiento de la alfabetización masiva que fue resultado del movimiento ilustrado. Así, a los públicos que se formaron en el siglo anterior se suman, por medio de la lectura popular y económica de revistas ilustradas y novelas seriadas, públicos de lectores que el autor denomina “públicos desconocidos”. El sector femenino se amplía hasta abarcar clases sociales más bajas que pueden leer pero no escribir. Surge una industria editorial para niños y jóvenes lectores que se fortalece con la expansión de la educación primaria. Aparece una gran cantidad de escritores de literatura infantil que luego se convirtieron en clásicos, como aquéllos que han llegado hasta nuestros días. La clase obrera forma otro grupo lector muy amplio que empujado por la revolución industrial se vio en la necesidad de autocapacitarse; Al mismo tiempo se consideró que el fomento al hábito de la lectura aliviaría las tensiones sociales. Todo ello fomentó la creación de bibliotecas públicas cuyas colecciones eran seleccionadas, a juicio de los bibliotecarios, con literatura formativa; sin embargo, la dieta bibliográfica que ofrecían estas bibliotecas no coincidía con los gustos de los lectores, quienes buscaban literatura de entretenimiento. No obstante, algunos grupos de lectores proletarios fueron autodidactas; estaban convencidos que la lectura era una forma de progresar.

En cuanto a la lectura durante el presente siglo veinte, el autor identifica un fenómeno que se extiende incluso a los países desarrollados: el retroceso en las capacidades lectoras a causa de un analfabetismo por desuso, aunado a las poblaciones analfabetas que subsisten pese a las campañas permanentes para erradicar este problema. El caso de Japón es distinto, la actividad lectora es muy abundante porque entre los valores favorecidos se encuentra el deber de estar informado, y éste es inducido por las autoridades. Otra característica de nuestro siglo se refiere a la oferta editorial, que se hace muy extensa en calidad y cantidad, pese a que en los últimos años se observa una reestructuración por consorcios en la que las editoriales más dé-

biles tienden a desaparecer. Esta tendencia surge, en parte, por la crisis que produce la desculturización y que afecta a la producción del libro, pues las ofertas de culturización se han diversificado ya no con la lectura, como tradicionalmente se lograba, sino con los medios audiovisuales, los nuevos transmisores de la cultura. Esta situación ha propiciado que el mercado librero lleve las cosas al extremo y trate al libro como cualquier mercancía de consumo, y está generando la pérdida de orientación en cuanto a la selección. Incluso la escuela ha perdido fuerza y capacidad para mantener el “canon” tradicional de la lectura, por lo que el lector queda expuesto a una oferta que busca más el lucro. Así, la lectura consumista distingue a estas últimas décadas y gana cada vez más adeptos que buscan leer para pasar el tiempo más que para cultivarse. Incluso en las bibliotecas públicas ha empezado a colarse esta tendencia en los acervos ante la presión de sus usuarios, y estas instituciones que preservaban el canon de la selección han tenido que ceder. Lo anterior origina que sólo una élite experimentada tenga la capacidad de distinguir y seleccionar de entre la inmensa producción editorial.



Investigación  
Bibliotecológica

